

SOBRE EL ORIGEN ANINDOEUROPEO DE LOS ÁSTURES (Y MARAGATOS)

Xaverio Ballester

Que un tercer grupo, junto a iberos y antiguos aquitanos, de indígenas hablantes de alguna lengua no indoeuropea haya existido en el cuadrante nordoccidental de la Península Ibérica parece una propuesta casi inevitable por una convergencia de argumentos. Constituirá precisamente esta circunstancia el fundamental sostén de la propuesta, ya que aun en el caso de que individualmente cada uno de estos argumentos resultara explicable sin recurrir a la —denominémosla provisionalmente— *hipótesis anindoeuropea*, en su conjunto tal convergencia testimonial resultaría difícilmente explicable sin tener en cuenta esta la posibilidad más obvia y sencilla.

En apoyo de un componente anindoeuropeo en aquella zona estarían, en primer lugar, las noticias de los autores antiguos que, de una manera u otra, apuntan a la existencia allí de pueblos, cuando menos, diferentes de los de su entorno. Así ESTRABÓN (3,3,7), al hablarnos de los pueblos de los “galaicos, ástures¹ y cántabros hasta los vascones y los Pirineos” y para los que emplea el término genérico y común de “montañeses” (ibidem: οἱ ὄρειοι τῶν ὀρείων), afirma dudar si debe extenderse con otros nombres “huyendo de la escritura desagradable” de unos nombres con significados tan oscuros y de los que cita tres ejemplos.² MELA (3,1,15), por su parte, en referencia a pueblos y ríos de los cántabros nos dice literalmente que “sus nombres no puede nuestra boca pronunciarlos”.³ También PLINIO (*nat.* 3,4,28) contrapone en el convento lucense los nombres de los célticos y los lemavos a aquellos nombres bárbaros de nada menos que dieciséis pueblos apenas conocidos.⁴ Aun-

¹ No *astures*, como bien notara ya hace años MORALEJO (1977).

² Καλλικῶς καὶ Ἄστουρας καὶ Καντάβρους μέχρι Οὐασκῶνων καὶ τῆς Πυρήνης· ὁμοειδεῖς γὰρ ἀπάντων οἱ βῖοι. ὀκνῶ δὲ τοῖς ὀνόμασι πλεονάζειν, φεύγων τὸ ἀηδὲς τῆς γραφῆς, εἰ μὴ τιμὴ πρὸς ἡδονῆς ἔστιν ἀκούειν Πλευτάρους καὶ Βαρδυήτας καὶ Ἄλλοτριγας καὶ ἄλλα χεῖρω καὶ ἀσημότερα τοῦτων ὀνόματα.

³ *quorum nomina nostro ore concipi nequeant.*

⁴ *Lucensis conuentus populorum est sedecim, praeter Celticos et Lemauos, ignobilium ac barbara appellationis.*

que mucho más dudosamente también una referencia de SILIO (3,345s) a los galaicos podría aludir, siquiera sea por la expresión *ululantem*, a la especial barbarie de algunas lenguas de esa zona: “la rica Calecia mandó su juventud / vociferando bárbaras canciones en sus lenguas nativas”.⁵ Detalle eventualmente de alguna importancia es, como vemos, la regular alusión, directa o indirecta, al carácter no céltico de estos pueblos en contraposición a sus vecinos, pero es que, aunque no tuviéramos a veces explícitamente sancionada la no celticidad de estos pueblos, la antigua familiaridad de los romanos con las lenguas célticas haría poco viable esa interpretación, pues incluso para el verso el celtibérico MARCIAL (4,55,9s) consigue domesticar los nombres nativos (celtibéricos): “los más duros nombres de nuestra tierra / no nos avergüence poner en grácil verso”.⁶ Así podía ya reconocer GORROCHATAGUI (1998: 20): “non deben ser precisamente linguas célticas, coas que os romanos adquiriran xa unha familiaridade notable no seu contacto secular con celtíberos e outra xente céltica das provincias occidentais do imperio”. Este y otro tipo de detalles alejan la posibilidad de ver en estas alusiones a la *barbarie* de tales nombres un mero tópico historiográfico. Detalle también de importancia es, por tanto, la legítima conclusión de que tal tipo de descripción difícilmente sería aplicable en general a lenguas indoeuropeas o a lenguas no indoeuropeas pero, como el cartaginés, de antiguo ya familiares a los grecorromanos.

En segundo lugar en apoyo de la hipótesis anindoeuropea estaría una serie de elementos lingüísticos insólitos o incluso anómalos para lenguas indoeuropeas y que encontramos documentada también aproximadamente en esa misma zona en aquella época o posteriormente. Son elementos de muy diverso valor y —se insistirá otra vez— aunque con probabilidad no sea decisivo ninguno de ellos individualmente, si considerados en conjunto todos, reforzarían la hipótesis. Veamos:

— Podría citarse, en primer lugar, la presencia de la aspiración ya en documentos de época romana. Así, la existencia de teónimos galaicos como los lucenses *LAHO* en la capital o *COHVETENE* en Friol (y *CVHVE[TENE]*⁷ en Paradela), formas “que coa súa estraña –h– intervocálica presentan un aspecto pouco compatible co céltico” (GORROCHATAGUI 1998: 34), ya que, en efecto, en el material hoy disponible esa <H> falta en el mundo hispanocéltico, mientras que en el ámbito indígena hispánico la encontramos como elemento muy característico del aquitano, tal como lo seguirá siendo también de las connexas y posteriores hablas vascónicas. En cualquier caso, ambos teónimos no parecen conciliables con el céltico peninsular, por lo demás ciertamente bien documentable en esa misma zona. El nombre con aspiración *Panchates* de un caballo ástur en SILIO (16,348) podría tratarse simplemente

⁵ *misit diues Callaecia pubem/ barbara nunc patriis ululantem carmina linguis.*

⁶ *nostrae nomina duriora terra/ grato non pudeat referre uersu.*

⁷ La forma lleva un epíteto *BERRALOGECV* comparable a un *ELAESVRAEGA[E]* —epíteto de *NAVIAE*, en una inscripción orensana— por la presencia de <RR>, secuencia en general rara en el material hispanocéltico, pero que se repite en esa misma zona (*Gigurri*, Σεουρρών; *uide infra*) y que resulta bastante común en la documentación aquitana.

de una creación del poeta, como también un nombre *Larus* para un cántabro en ese mismo autor (16,47), pero si no fuera así, habría que indicar que el último andrónimo guarda cierta similitud con las formas aquitanas *LARR-* (*LARRASONI*, *ΛAPPAZONI*) y *LAVR-* (*LAVRICO*, *LAVREIA*, *LAVRINAE*) y con el segmento antroponímico *lauř-* en ibérico (*lauř*, *lauřbeton*, *lauřiskeř*, *lauro*, *lauřto*, *ořkeikelauř...*), mientras que, *nisi fallimur*, no se da en la *Hispania* céltica.

— Parece también indudable la existencia de un núcleo betacista o, más exactamente, anti-[w] antevocálica en el cuadrante nordoccidental de nuestra Península, pues por betacismo entendemos aquí, en efecto, la reluctancia al elemento [w] antevocálico y su frecuente conversión en [b], [β] o [v] o bien su desaparición. Ya PRÓSPER (1997: 147): “Con todas las reservas que exige nuestra reducida documentación, parece lógico pensar que pudo haber tal betacismo en la zona lucense y astúrica”. Probablemente el ejemplo más seguro sea el nombre de la deidad *NAVIA* que aparece frecuentemente como *NABIA*, pero habría también posible betacismo en la zona en casos como⁸ *Arabica* en Astorga frente a *Arauca*, *ENOBOLICO* en Alandroal frente a *ENDOVOLLICO*, *Turobius* en Chaves frente a *Turouius*, *BOCONTIVS* en León frente a *VOCONTIVS*, o quizá, con desaparición, *REO* en Lugo frente *REVE*, relación esta última rechazada por PRÓSPER (1997: 148s). Sin embargo, la misma autora (1997: 149) propone un caso de [wV > 0V] para un dios galaico-lusitano *AERNO*, que habría entonces que relacionar con el infernal lago *Auernus* latino, siendo precisamente el dedicante de una de estas inscripciones un *ORDO ZOELARVM*, uno de los componentes, según PLINIO (*nat.* 3,4,28), de los ástures y como tales, concluye la estudiosa, “procederán de una zona betacista, y por tanto es posible pensar que habrían interpretado una secuencia fónica [awe]- como [ae]-”. El hecho es que la desaparición de [w] intervocálica está igualmente bien documentada, así en antroponímicos de la región septentrional como *DOVIDERVS* – *DOIDERVS* y *DOVIDENA* – *DOIDENA* (ALBERTOS 1983: 865). Además tendríamos *Auobriga* – *AOBRIGENSES* (*CIL* 2,2477). Ha de notarse que, mientras que [wV] es aparentemente estable en celtibérico (*VELSAM*, *UEITuI*, *UEIZOS*, *UEIZUI*, *UELA*, *VERAMOM*, *VERAMOS*, *UERTaI*, *UERTaToSUE*, *UERZAIZOCuM*, *URZONITi*, *UICaNOCuM*, *UIRIASCuM*, *UIROCu*, *UIROUIACa*, *VIROS*, *UISALICuM*, *UISCiCuM*, *UIZUSCiCuM...* por citar sólo los más seguros casos con [w-] inicial), el aquitano (así *BOCONTIAE* frente al galo *VOCONTIVS*; GORROCHATEGUI 1984: 164, 168s) y, por cuanto parece, el ibérico son anti-[wV] (QUINTANILLA 1998: 36).

— Fenómeno fónico antiguo que parece muy propio de toda la zona occidental es el de la sonorización, sobre todo intervocálica, pero no faltan en la región otro tipo de sonorizaciones menos comunes y sin parangón en el (restante) mundo céltico peninsular, como la sonorización de la dental [t] en la tan característica secuencia indoeuropea [nt]. Así un *TOVDOPALANDAIGAE* (Cáceres) resulta en principio fácilmente segmentable en un *TOVDO-*, probablemente del común término

⁸ Ejemplos y ubicaciones tomados de PRÓSPER (1997: 147s).

indoeuropeo **tauta* ‘pueblo, gente’, y en un *PALANDAIGAE*, que cabría relacionar con formas como el posible teónimo vetón *PALANTICVS*, lo que supondría la sonorización de la postnasal (*-/–palant– > –paland–/). En esa misma línea tal vez también podrían explicarse, como sugiere UNTERMANN (1985: 354), los *cand–* galaico-lusitanos (*CANDAMIVS*, *CANDAMVS* en Cantabria, *CANDEBERONIO*, *CANDIEDO...*), para relacionarlos con los conocidos *cant–* célticos (‘piedra’ o algo similar) tan abundantes en la toponimia hispánica (*Cantalapiedra*, *Cantavieja*, *Gallocanta...*). Por otra parte, ha de notarse que el paso [nt > nd] está documentado en la historia del vascuence (lat. *uoluntatem* ‘voluntad’ >= *borondate*; *Antonio* >= *Andoni*) y que la secuencia [nt] es muy rara en ibérico, pues habría quizá sólo un *iuntegen*. Con esta forma podrían estar relacionadas las formas *iunte* o *iuntibilose*, pero también el frecuentísimo *iunstir–* (QUINTANILLA 1998: 274 n 63), lo que sugiere la posibilidad de que el contacto entre ambas consonantes fuera en realidad reciente ([nst > nt]) y que la frecuentísima secuencia –nd– (*andinue*, Ἀνδοβάλες, *asgandis*, *Indigetes*) sea la norma en ibérico.

— Ya en época más reciente cabría mencionar la desaparición de [n] intervocálica en algunas hablas actuales de la zona, concretamente en gallego-portugués (vg. gallego *lúa* ‘luna’ del lat. *luna*, o *area* ‘arena’ del lat. *arena*). Se notará que tal pérdida parece fenómeno de origen septentrional, casi lucense para algunos (*u.* PÉREZ 1983: 202, 207 n 21). Se trata, en todo caso, de un cambio tipológicamente bastante raro, aunque documentado en un área próxima, concretamente en gascón (*bir* ‘venir’, *liu* ‘luna’) y vascuence (*area* ‘arena’, *katea* ‘cadena’), es decir, para hablas que, en menor o mayor medida, relacionamos con el antiguo aquitano.⁹

— Abandonando ahora el terreno de la fonología, encontramos un posible elemento morfológico, o al menos léxico, de naturaleza extraña para la zona en la secuencia –sc–. Así, tras la referencia de MELA (3,1,15) a aquellos nombres que “no pueden pronunciarlos nuestra boca”, viene la mención de unos *Orgenomescos* —la lección estaría garantizada por PTOLOMEO (*geogr.* 2,6,50: Ἀργενόμεσκον)— con un elemento –sc– que es raro en los etnónimos hispanocélticos pero que aparece asociado a bases etnonímicas en ibérico (y *nota bene* no en su versión latina o griega) con alguna frecuencia: **auśesken** (A.33) – *Ausetani*, **iltirkesken** (A.19) – *Ilergetes*, **laieśken** (A.13) – *Laietani*, **otobeśken** (A.23) – *Otobesani*,¹⁰ **seteisken** (A.25) – *Sedetani*, **untikesken** (A.6) – *Indigetes* (Strab. 3,4,8: Ἰνδικητῶν) o **urkesken** (A.96) – *Urcitani* (cf. también la localidad de *Menosca* en territorio de los várdulos; Plin. *nat.* 4,4,110; Μηρόσκα Ptol. *geogr.* 2,6,9). Para *Orgenomescos* el parecido con el aquitano *ORGOANNO* (CIL 13,80) es demasiado vago, como tam-

⁹ GORROCHATEGUI (1998: 18): “se en gascón a desaparición do –n– intervocálico [...] pódese achacar a unha influencia de substrato da lingua aquitana, é porque sabemos que no mesmo territorio en que se fala o gascón falábase unha lingua prerromana de estirpe basca, que denominamos aquitano, e porque o mesmo fenómeno existe en tódolos dialectos da lingua basca”.

¹⁰ Cf. *OTOBESANVS* (CIL II 3794) de una ciudad *Otobesa* (Caes. *ciu.* 1,61,4: *Octogesa*).

bién resultaría precaria la tradicional equiparación¹¹ de Ἰρία Φλαουία (Ptol. *geogr.* 2,6,23) en territorio lucense con *iri-* ‘ciudad’ en vascuence o con el segmento ibérico *iltir-* o afines, probablemente ‘ciudad’ (u ‘*op-pidum*’ así PÉREZ 2001: 21–40).

— Un cierto componente léxico de la zona presenta ciertamente singularidades que no pueden ser calificadas ni de célticas ni en general de indoeuropeas. Procederemos alfabéticamente. En relación a galaicos–ástures y vasco–aquitanos ya escribía CARO (1981: I 372s): “Hay algo común, sin embargo, entre los habitantes de un extremo y los de otros cuyo valor general es difícil determinar. Por ejemplo [...] el nombre de *arrugia* con que se designaba en las mismas regiones a un trabajo de minería con canales¹² se ha conservado en el vasco *arragua*, usada en la técnica de minería en el siglo XVIII”. Partidario de la equiparación es también GALMÉS, quien apunta (1996: 34): “*arrugia* ‘galería de mina’, de donde vasco *arroila* ‘canal’, gascón *arrouvio*, español *arroyo*. Pero, esta palabra se encuentra, de otra parte, en todos los Alpes: en Piamonte y Tesino *rugia* ‘conducto de agua, canal’, en Trentino *rogia*, en nombres de lugar vénetos, etc. Todas estas formas remontan a una base *rugia*. Los dos grupos (el de Iberia y el de los Alpes) se distinguen, pues, por el hecho de que las formas ibero–vascas tienen un prefijo *a-*. Esto concuerda exactamente con una peculiaridad fonética del vasco, que no tolera ni la *r-* ni la *f-* iniciales”. De ser esto cierto, quedaría en todo caso la afinidad en la renuencia a [r-] inicial y el empleo epentético de [a-] en ambos casos.

— Ya que las lecciones manuscritas presentan siempre algún grado de inseguridad, la siguiente afinidad podría ser sólo casual, pero lo cierto es que el alias del río Miño ofrecido por ESTRABÓN (3,3,4: “Benis, Miño le dicen otros”),¹³ Βαῖνις, no sólo no ofrece un aspecto demasiado indoeuropeo, sino que podría presentar el común elemento *bai-* ibérico asociado a los hidrónimos (cf. *Baetis*; el *Baetulo* es clasificado entre los pequeños ríos por MELA);¹⁴ por su parte APIANO (*Iber.* 301)¹⁵ da un ibérrimo Βαίτης para un río de la zona, quizá el Miño¹⁶ (si bien en *Iber.* 72: Νίμιος). Incluso en la hipótesis de que se tratara de una mera deformación —aunque bastante insólita— de Μίμιος, aquella forma podría ser al límite un testimonio de la confusión entre [b] y [m], fenómeno característico del aquitano y continuadores (GORROCHATEGUI: 75, 176, 236s; MICHELENA 1990: 268–71) y del ibérico (GARCÍA 1989: 294 y 1990: 62–5). Todo ello teniendo siempre presente la posible iberización de algunos nombres debido al fenómeno de intermediación del ibérico

¹¹ Así CARO 1981: I 369 n100.

¹² Cf. Plin. *nat.* 33, 21,70: *cuniculis per magna spatia actis cauantur montes lucernarum ad lumina [...] arrugias id genus uocant siduntque rimae subito et opprimunt operatos.*

¹³ Βαῖνις, οἱ δὲ Μίνιόν φασι.

¹⁴ 2,5,90: *parua flumina: Baetulo...*

¹⁵ Τάγος τε καὶ Λήθης καὶ Δόριος καὶ Βαίτης.

¹⁶ Sobre los testimonios ibéricos de *bain-* y *bait-* SILGO 1994: 57s.

—la lengua de cultura de la época— entre las lenguas indígenas y los griego y latín.¹⁷

— Sería tentador también relacionar el antropónimo más bien ástur *BALAESUS* (ALBERTOS 1983: 868) con los conocidos elementos antropónimos **beles** (*BELES*, *—BELES*, *—MELES*, *—PELES*) ibérico y *BELEX* aquitano (o incluso celtibérico: *PeLAISCaZ*, *BALAISSCA*...).

— Una inscripción procedente de Astorga, fechable en el 27 a.D. y conteniendo un pacto de hospitalidad (*CIL* 2,2633), menciona una ciudad *CVRVND*A, con esa secuencia [nd], que vimos como posible adaptación de la indoeuropeísimas [nt], más un segmento radical *CVRV—* de apariencia también menos indoeuropea. La secuencia, sin embargo, guarda cierta similitud con idéntica o afin secuencia en ibérico, así un **cuŋu cuŋuatin** en una leyenda monetaria y que ya SILES (1985: 180) relacionaba con los nombres cantábricos *COROCVS*, *COROCAVCVS* (*CIL* 2,2462),¹⁸ a comparar también con otras posibles ocurrencias en ibérico como **gorotigi**, un antropónimo **koroiekers** (VELAZA 1991: 93) o el posible componente antropónimo **kofo** (QUINTANILLA 1998: 116). De hecho, para el territorio de los cántabros “sólo contamos con inscripciones latinas en las que figura cierto número de nombres propios indígenas. En su mayoría pertenecen a los mismos tipos que encontramos en Celtiberia y en Lusitania, mayoritariamente indoeuropeos, pero con algunos elementos extraños y difícilmente clasificables” (DE HOZ 1981: 34).

— Un ya aludido pasaje de PLINIO (*nat.* 3,4,28)¹⁹ recoge el nombre de los *Gigurri* entre los únicamente cuatro *populi* mencionados de los ástures. El término, garantizado por PTOLOMEO (*geogr.* 2,6,37: Γιγουρρῶν; cf. también ibídem 28: Γίγια en la Ἄστούρια, y unos *seurros* cerca de esa zona, ibídem 27: Σεουρρῶν), ofrece un aspecto poco indoeuropeo y comparable, en cambio, en su terminación a la *Gracurris* de los vascos (Liu. frag. 91: *Gracurritanorum*; Plin. *nat.* 3,4,24: *Gracurritanos*; Fest. 86,5: *Gracchurris*...; Ptol. *geogr.* 2,6,66: Γρακουρίς), amén de la secuencia *—rr—* tan característica del mundo aquitano (*ARSERRIS*, *DERRO*, *GARRE*, *HANARRO*, *ILVRBERRIXO*, *LARRASONI*, *ORGVARRAE*, *SEMPERRVS*, *—TARRIS*, *VLVCIRRIS*...). Al respecto nótese también la presencia de *—rr—* en los *Susarri* del bronce de Bembibre, León (*SVSARRORVM*, *SVSARRIS*; amén de un *SVSARRVS* en la *tabula hospitalis* de El Caurel, Lugo).

— Ya al menos CARO llamó la atención sobre el parecido del nombre en vascuence del caballo *zaldi* y los *thieldones* de los ástures (y eventualmente de los galaicos), una singular raza caballar criada, según

¹⁷ Aspecto del que nos hemos ocupado en otro lugar. Tal en este ámbito podría ser el caso de Βαρδυήτας (Strab. 3,3,7), que aparentemente cabría interpretar como la versión iberizada (nótese [b] por [w] y el sufijo probablemente etnonímico *—ητα—*) de *Vardulli* (Mela 3,1,15; Plin. *nat.* 3,26; cf. también Βαρδύλλος en Strab. 3,4,12).

¹⁸ ALBERTOS (1983: 867) cita también, sin más precisar, un *COROTVRES* en su sección dedicada a los *Callaeci Lucenses* y *Bracarenses* y *Astures Augustales*.

¹⁹ *in iis sunt Gigurri, Paesici, Lancienses, Zoelae.*

PLINIO (*nat.* 8,67,166),²⁰ por estos y cuya variante más pequeña era a su vez denominada *asturcón*, término garantizado por MARCIAL (14,199).²¹ Escribía CARO (1981: I 372): “el nombre de «*thieldones*» que da Plinio a ciertos caballos de Galicia y Asturias puede estar en relación con el nombre vasco del caballo, *zaldi*”. En todo caso, el término *thieldones* no presenta parangón en el mundo indoeuropeo.

— Citemos también el caso de los ya mencionados *Zoelae*, quienes se presentan en un pacto de hospitalidad como una *gens* (*EX GENTE ZOELARVM*) y dividida al menos en dos gentilidades (*DESONCORVM*, *TRIDIAVORVM*) en aquella también mencionada inscripción procedente de Astorga y fechable en el 27 a.D. (*CIL* 2,2633), todo ello en un contexto onomástico por lo demás bien reconocible como hispanocéltico (*DESONCORVM*, *CLOVTI*, *MAGILO...*), *gens* que reaparece en otra inscripción —en realidad en la otra cara de la *tabula*— del 152 a.D. (*CIL* 2,2633: *ZOELAS*) en contexto igualmente hispanocéltico (*DESONCORVM*, *AVOLVIGORVM*, *VISALIGORVM*, *ARQVIVM...*). El problema es que el grafema inicial <Z> resulta totalmente inusual en la epigrafía indígena prelatina y, por tanto, presumiblemente pretende representar un elemento fonemático especial. La presencia de *-a-* excluye, desde luego, que se trate de una adaptación del andrónimo griego Ζωίλος, y además está el explícito testimonio ya aludido de PLINIO (*nat.* 3,4,28),²² quien enumera a los *Zoelae* como uno de los veintidós *populi* en los que están divididos los ástures con Astorga como *magnifica urbe*.

— Por último, la relación de aquella zona con la *Hispania* ibero-aquitana podría ser no tan sólo léxica. Hay que mencionar así, por decirlo con la prudencia de UNTERMANN (1985: 354s), “varios teónimos que parecen relacionar la región lusitano-gallega con el valle superior del río Garona bien conocido por su onomástica curiosa que muestra rasgos vascoides muy marcados”. Aunque UNTERMANN (1985: 355) sea escéptico ante la posible relación, reconoce que los nombres más semejantes serían los teónimos *LAHO* (*IRLugo* 5) lucense y *LAHE* (*CIL* 13,142 y 147) del Alto Garona, resultando también tentadoras la comparación de un galaico *ANDERON* (*CIL* 2,2598) con un aquitano *ANDEREXO* (*CIL* 13,23), probablemente un diminutivo conformando uno de los muchos derivados de una voz aquitana **andere* ‘mujer’ (GORROCHATEGUI 1984: 130–2), o la comparación del teónimo *ILVRBEDAE* (Salamanca y Beira Litoral) lusitano con los *ILVRONI* (*CIL* 13,154) e *ILVRBERIXO* (*CIL* 13,23 y 231) en monumentos votivos aquitanos, teónimo también este último para GORROCHATEGUI (1984: 336s), quien, como cabía esperar,

²⁰ *In eadem Hispania Gallaica gens est Asturica. Equini generis —hi sunt quos thieldones uocamus, minore forma appellatos asturcones— gignunt* o “En la misma Hispania están los pueblos galaicos y astúricos. Crian una raza caballar —esa que llamamos *thieldones* o *asturcones* si son de apariencia menor”.

²¹ *ASTVRCO: Hic breuis ad numeros rapidum qui colligit unguem, uenit ab auriferis gentibus Astur equus* o “ASTURCÓN: Este pequeño caballo ástur que con su rápida pezuña / el ritmo mantiene, desde pueblos en oro ricos acá llegó”.

²² *Asturum XXII populi diuisi [...] Asturica urbe magnifica: in iis sunt Gigurri, Paesici, Lancienses, Zoelae.*

compara a su vez esas formas con el común elemento ibérico **iltur** (también hay **iltur̄**; y aun **iltu– iltun**).

Es hora de recapitular. Los diversos testimonios disponibles para el cuadrante nordoccidental de la Península Ibérica, especialmente en la zona cantábrica, permitirían aislar —de manera dispersa y como manchas de leopardo entre rasgos célticos o al menos, desde luego, indoeuropeos— una serie de elementos aparentemente anindoeuropeos, los cuales, en cambio, presentarían alguna afinidad con el conjunto anindoeuropeo geográficamente más próximo, con el aquitano e ibérico, para cuya afinidad hemos propuesto en otro lugar la explicación de una originaria contigüidad en la zona pirenaica, por lo que provisionalmente podría hablarse de un complejo lingüístico pirenaico incluyendo tanto las hablas del continuo aquitano como las ibéricas. Así pues, por el momento se nos permitirá insistir en tres puntos. En primer lugar, en la contraposición entre estos anindoeuropeos cantábricos y los hablantes de lenguas célticas, hasta hoy los únicos indoeuropeos cuya presencia en la *Hispania* indígena puede considerarse demostrada. Ya de la expresión del mismo MELA (3,1,13, con la puntuación pertinente): “allí están primero los ártabros, todavía de raza céltica, después los ástires”²³ se deduciría al menos la no-celticidad de los ástures. En segundo lugar, en la posible afinidad de esas bolsas anindoeuropeas con el complejo pirenaico. Y en tercer lugar, en la situación compleja de toda la zona, como, aunque referido sólo a la antigua *Gallaecia*, ya GORROCHATEGUI (1998: 17) notara: “en Gallaecia non todo é celta, senón que os datos, aínda que escasos e difíciles de valorar, apuntan a unha riqueza lingüística maior e a unha situación máis complexa”.

Estos tres puntos pueden recibir una explicación satisfactoria, nos parece, si atendemos al literalmente vital factor ecológico de las lenguas, es decir, a su capacidad de adaptación al entorno como requisito imprescindible para desempeñar su función. Este modelo explicativo incide, pues, en el capital fenómeno de la convergencia —capital porque no debe olvidarse que la función primaria de las lenguas es la comunicación más universal posible y no la marcación étnica más excluyente, lo que, en todo caso, sería sólo un producto derivado—²⁴ como factor que condiciona incluso la herencia lingüística, que, en realidad, no es más una convergencia vertical, intergeneracional. Todo ello comporta la idea de que, en definitiva, los grupos lingüísticos se conforman no por herencias de sangre ni componentes genéticos (aunque a la larga puedan ayudar a propiciarlos) sino por el continuado contacto en condiciones de estabilidad. De manera que, por decirlo en términos más habituales, la *familia* lingüística no es más que una liga lingüística, un *Sprachbund* mucho más completo y, por tanto, normalmente con bastante más edad, con bastantes más milenios. De modo natural la aplicación de esta concep-

²³ *in ea primum Artabri sunt, etiamnum Celticae gentis, deinde Astyres*. El doblete *astur – astyr* es frecuente en la Antigüedad (Lucan. 4,298: *Astyrici*, Sil. 3,334: *Astyr – Sil.* 16,348: *Astur*).

²⁴ Factor este que, por ejemplo, en el ámbito arqueoibérico algunos ideólogos de “*eticidades*” parecen no haber comprendido.

ción supone, por ejemplo, que siempre esperaremos mayores amplitud y homogeneidad lingüísticas en zonas planas, por lo general de fácil acceso y con amplias y buenas comunicaciones, que en zonas montañas, donde por lo general la comunicación verbal está lógicamente más limitada. Así, de modo regular los conjuntos lingüísticos montañoses son más reducidos y aparecen más fragmentados que los extendidos por planicies o costas. Ejemplo señero sería la situación lingüística del Cáucaso con presencia en un reducido territorio de al menos cuatro grupos lingüísticos, indoeuropeo, túrcico y otros dos (o tres) que suponemos *autóctonos* —esto es conformados en esa misma zona— por ser exclusivos de la región. Tal concepción justifica, pues, la no necesidad de esperar una homogeneidad total en un grupo conformado en zonas de montaña. Aquella concepción predice también la lógica mayor afinidad en las zonas de mayor contacto, lo que está en la base misma de sus postulados. De modo que, como se habrá intuido ya, todas estas condiciones sumadas a los factores, características y elementos antes enumerados sugieren poderosamente una relación entre los elementos anindoeuropeos de la zona estudiada y las hablas aquitanas, el grupo más cercano, y secundariamente con el ibérico, conformando así aquellos un tercer componente, probablemente más autónomo, de aquel complejo pirenaico que ahora cabría redefinir, atendiendo a su ubicación probablemente más antigua, como *cantabro-pirenaico*.

La dispersión de aquellas hablas explicaría además el hecho de que, sin clara demarcación, elementos lingüísticos anindoeuropeos se asignen ya en la Antigüedad a un conjunto de tres pueblos diferentes en muchos otros aspectos: galaicos, ástures y cántabros. Mientras que el modelo tradicional, al poner todo el énfasis en la divergencia (las ramas de un árbol, a modo de líneas paralelas, nunca volverán a juntarse), obliga maniqueamente a asignar indoeuropeidad o anindoeuropeidad a cada uno de los tres pueblos. El modelo ecoglotológico permite descripciones más complejas y matizadas, como por ejemplo, la participación en la indoeuropeidad en medida diferente de cada uno de aquellos pueblos y el reconocimiento de elementos lingüísticos diferentes dentro de un mismo pueblo, nación o etnia. Ya bien URÍA (1989: 32): “los Astures y Galaicos, dispersos en territorios más extensos que los Cántabros, debían englobar grupos diversos en cuanto a la raza [...] y al mismo tiempo, menos unificados en cuanto a las costumbres, la religión, la organización social y política, que los Cántabros y los Vaceos”, o CARO (1981: I 371): “es incluso probable que bajo el nombre de cántabro, várdulo, etc., se comprendiera a pueblos de distinto origen y filiación lingüística”. El modelo tradicional es también el responsable de esos simplones mapas lingüísticos —de los que tan a menudo se abusa políticamente— que no detectan fenómenos tan comunes y naturales como plurilingüismos y diglosias, siendo incapaces asimismo de identificar elementos lingüísticos diferentes de pequeña escala, de modo que homogeneizando barrios, aldeas, pueblos y hasta comarcas en zonas rodeadas de otro dominio lingüístico, pueden producir imágenes tan distorsionadas como la de unas actuales Bretaña o Cataluña donde sólo se hablaría bretón y catalán respectivamente, o de una Iberomérica donde prácticamente sólo se

hablarían portugués y español. También con frecuencia el modelo tradicional es incapaz de reflejar las comunes hablas de transición y, por el contrario, su establecer rígidas fronteras entre las lenguas, como si fueran modernos estados, tiende a promover la impresión de abruptos cambios de registro donde a menudo sólo encontramos concatenación de dialectos y transicionalidad, concatenación y transicionalidad.

Detalle, pues, también de importancia al respecto es la ubicación de aquellas bolsas lingüísticas anindoeuropeas que definíamos como *manchas de leopardo* y para las que no podíamos fijar fronteras precisas, una característica otra vez de los grupos lingüísticos montanos; pues bien, la tal ubicación tiene una directa interpretación desde una perspectiva glotoecológica, a saber: por lo regular en esos casos la lengua dispersa es la antigua, ya que como abrupto vestigio ha ido separándose y visto reducido su territorio ante la penetración de otras hablas; las lenguas munda respecto a las dravídicas, o las lenguas dravídicas respecto a las indoeuropeas podrían constituir en el subcontinente indio dos preclaros ejemplos. Todo lo cual ha de conducirnos a postular la presencia más antigua en la zona de estos *aquitano*s occidentales, quienes se habrían ido indoeuropeizando o, más concretamente, celticizando primero y latinizando después.

Por último, el modelo de convergencia y la perspectiva glotoecológica asumen que esencialmente —y tanto más cuanto más antigua sea la época— un mismo continuo lingüístico en un territorio es reflejo de un mismo continuo *cultural*, entendido este último adjetivo en su acepción más amplia de ‘humano, social, económico, tecnológico...’. También desde ese punto de vista resultaría casi inevitable la propuesta de una comunidad lingüística prohistórica para los Montes Pirineos y la Cordillera Cantábrica, secuencia orográfica que, aun no disponiendo de un nombre común, en realidad constituye, como advierten los geógrafos, un mismo ecosistema y donde uno constituye la continuidad del otro. Y esa, aunque forzosamente abrupta y difícil, continuidad espacial tuvo también su correlato cultural. Al respecto es menester aducir la comunidad cultural prohistórica en toda la zona, una comunidad —una comunicación— manifestada con grande fuerza en época paleolítica con características tan vistosas como el arte rupestre (GÓMEZ 1980: 65–72, 347–91; RAMOS 1999: 329s), manifestada, pues, en unas fechas que, aunque seguirán escandalizando a algunos, son las esperables para quienes pensamos que todos (o al menos casi todos) los grandes conjuntos lingüísticos se conformaron en época paleolítica, la época ideal para ello dadas la existencia de milenarios periodos culturalmente estabilísimos como nunca después en la historia de la humanidad, la baja demografía y su movilidad y otras diversas causas, dadas, en fin, las condiciones óptimas para la convergencia lingüística a gran escala.

Para concluir y a mayor abundamiento del carácter anindoeuropeo de algunos pueblos de esta zona, quizá sería oportuno introducir un elemento extralingüístico que, por su rareza en el mundo indoeuropeo, remitiría en principio a pueblos de otro dominio lingüístico, nos referimos en concreto a la práctica de la covada, práctica que explícitamente estaría confirmada por una noticia de ESTRABÓN (3,4,17), quien en un con-

texto genéricamente referido a los cántabros, comenta: “De las faenas del campo se encargan ellas, paren y se ponen a servir a sus maridos, a quienes hacen acostarse en vez de ellas; muchas veces en pleno trabajo, en cuclillas junto a algún riachuelo, <dan a luz> lavando a sus recién nacidos y poniéndoles los pañales”,²⁵ Además, la sólita asociación de la covada a otros distintivos culturales —como la baja incidencia de la agricultura y, consecuentemente, su tratamiento básicamente femenino como relicto y continuación de una época de recolección y, consecuentemente, la presencia de elementos matriarcales— que también encontramos en la zona, refrendarían, extralingüísticamente, la hipótesis anindoeuropea. Tal baja incidencia de la agricultura estaría explícitamente sancionada por algunas noticias de ESTRABÓN (3,3,7), quien dice que los montañeses (οἱ ὄρειοι) comían básicamente carne de cabra, sacrificaban a su Ares (*id est*, a su dios de la guerra) un cabrón y durante dos tercios del año vivían de las bellotas, haciendo con ellas una especie de pan.²⁶ CARO (1981: I 348) extrae las debidas conclusiones de todos estos datos: “Esto revela un sistema de cultivo muy rudimentario, pues sabido es que ya en aquellos grupos étnicos que se dedican a la horticultura intensiva son los hombres los que trabajan, sobre todo, el campo [...] las tierras cultivadas [...] serían de pequeña extensión [...] Ahora podemos explicarnos muy bien las incursiones de los cántabros y astures a los territorios de [...] los vacceos, donde el colectivismo había producido gran desarrollo de la agricultura [...] los romanos [...] intentaron cambiar su sistema de vida, haciendo que los hombres intervinieran en los trabajos del campo y en la minería, ordenándoles bajar de las alturas en que vivían a las llanuras”. También, según ESTRABÓN (3,4,18) entre los cántabros el hombre dotaba a la mujer, las hijas heredaban y concedían esposa a sus hermanos.²⁷

En la Antigüedad la covada se daría también, entre los tibarenos del Ponto, en Asia Menor, según APOLONIO EL RODIO (1011–4): “aquí cuando las mujeres paren los hijos de sus maridos, / son ellos lo que se se ponen a gemir tras meterse en la cama / con las cabezas vendadas, mientras ellas les procuran alimento / y preparan baños de parturienta”,²⁸ y según DIODORO EL SÍCULO (5,14,2) entre los corsos: “pues cuando la mujer va a dar a luz, no recibe la más mínima atención, sino que es su marido el que, acostado como si estuviera enfermo, se pone de parto durante unos días preestablecidos, como si fuera su cuerpo el que estu-

²⁵ Γεωργοῦσιν αὐταί, τεκοῦσαι τε διακονοῦσι τοῖς ἀνδράσιν, ἐκείνους ἀνθ' ἑαυτῶν κατακλίναςαι· ἔν τε τοῖς ἔργοις πολλάκις αὐταὶ <ἀπολύονται> καὶ λούουσι καὶ σπαργανοῦσιν, ἀποκλίναςαι πρὸς τι ῥεῖθρον.

²⁶ Τραγοφαγοῦσι δὲ μάλιστα, καὶ τῷ Ἄρει τράγον θύουσ[...]. τὰ δύο μέρη τοῦ ἔτους δρυοβαλάνῳ χρῶνται [...] ἀρτοποιησάμενοι.

²⁷ παρὰ τοῖς Καντάβροις τοὺς ἀνδρας διδόναι ταῖς γυναίξιν προῖκα, το <τε> τὰς θυγατέρας κληρονόμους ἀπολείπεσθαι, τοὺς τε ἀδελφοὺς ὑπὸ τούτων ἐκδίδοσθαι γυναίξιν.

²⁸ ἔθ' ἔπει ἄρ κε τέκωνται ὑπ' ἀνδράσι τέκνα γυναῖκες, / αὐτοὶ μὲν στενάχουσιν ἐνὶ λεχέεσσι πεσόντες, / κράατα δησάμενοι· ταὶ δ' εὖ κομέουσιν ἐδωδῆ / ἀνέρας, ἡδὲ λοετρὰ λεχώια τοῖσι πένονται.

viera sufriendo”.²⁹ No sería esta la única —e inquietante— noticia relacionando en la Antigüedad a corsos y genéricos *cántabros*.

En efecto, ya SÉNECA (*dial.* 12,7,9) alude al parecido de ciertas palabras de la Córcega de su época con las de los *cántabros*, amén de otras afinidades en el vestuario (gorro y calzado),³⁰ sin que podamos excluir que el término de *cántabros* englobe aquí a ástures, vascos y aquitanos, o bien a pirenaico-cantábricos en general. La noticia es bastante sorprendente por cuanto el hispano SÉNECA debía de tener un conocimiento relativamente bueno de Córcega, donde estuvo exiliado (41–48 d.C.), y, aunque bético, podía tener un conocimiento relativamente bueno de la *Hispania* septentrional. No faltan, por otra parte, indicios de otras afinidades, lingüísticas y de otra índole, de pirenaico-cantábricos con corsos o sardos, especialmente con estos últimos. Así se ha podido señalar el parecido entre vascuence *gorosti* ‘santo’ y sardo *colostri*, *golóst(r)i*, *golóstru* ‘santo’ (TRASK 1995: 70; LAKARRA 1995: 194 n5). También el sistema vocálico de vascuence y sardo (= logudorés) coincidirían en su preferencia por el timbre y en su insensibilidad ante la cantidad,³¹ siendo afectados ambos, en diverso grado, por fenómenos de metafonía o influencia de la vocal de la sílaba siguiente, fenómenos ambos —cierto es— relativamente comunes, pero en general insólitos en el ámbito románico. Hay que mencionar aquí el hecho de que algunas hablas asturianas presenten también metafonía, así, por ejemplo, en bable central encontramos *guetu* ‘gato’ frente al plural *gatos*, *pirru* ‘perro’ frente a *perra* ‘perra’ o *pletu* ‘plato’ frente a plural *platos*.³² Las antiguas copias latinas del vascuence (*biku* ‘higo’, *lupu* ‘lobo’, *tipula* ‘cebolla’...) por su fidelidad tímbrica ofrecerían en la Romania un aspecto prácticamente sólo comparable a formas sardas. La inestabilidad de la consonante inicial en vascuence presenta también alguna similitud con el caso sardo,³³ ya que en esta lengua algunas consonantes, si precedidas en la cadena hablada por vocal, experimentan una suerte de lenición: *su pane* [su βane] ‘el pan’, *sa terra* [sa ðerra] ‘la tierra’ (PITTAU 1991: 53).³⁴ En las actuales hablas sardas algunos creen haber detectado elementos anindoeuropeos, sobre todo en nombres de flora y fauna, así como en topó-

²⁹ ὅταν γὰρ ἡ γυνὴ τέκη, ταύτης μὲν οὐδεμία γίνεται περὶ τὴν λοχείαν ἐπιμέλεια, ὁ δ’ ἀνὴρ αὐτῆς ἀναπεσῶν ὡς νοσῶν λοχεύεται τακτὰς ἡμέρας, ὡς τοῦ σώματος αὐτῶ κακοπαθοῦντος.

³⁰ *in eam* (scilicet *Corsicam*) *transierunt et Hispani, quod ex similitudine ritus apparet: eadem enim tegmenta capitum idemque genus calciamenti quod Cantabris est et uerba quaedam, nam totus sermo conuersatione Graecorum Ligurumque a patrio desciiit.*

³¹ MICHELENA (1995: 142): “The failure of Basque ears to perceive differences in quantity led, in the earliest loan words, to a vowel system of the Sardinian type”.

³² Debo estos ejemplos al colega JAVIER URÍA VARELA, a quien agradezco asimismo otras observaciones sobre el presente trabajo y diversas aportaciones bibliográficas.

³³ MICHELENA (1995: 153): “word-initial position is in Basque the position in which consonants are most likely to be lost [...] the results are reminiscent on this point of the situation in Sardinian, but the causes can scarcely be the same”.

³⁴ Aunque a título anecdótico no deja de resultar pasmosa la afinidad de la fiesta euscárica de los *tunturres* de Ituren con otra en Cerdeña y en la cual también unos festeros vestidos con pieles hacen sonar al andar enormes cencerros colgando de sus cinturas.

nimos (MCCALL–FLEMING 1999: 234). Aún cabrían analogías muy variadas entre el mundo astúrico y el tirrénico en general, como serían, según algunos, la existencia de un caballero etrusco *Astyr* en VIRGILIO (AEN. 10,180 y 181) con un segmento *ast-* además bien documentada en etrusco (*astnei*), la de un río e isla fluvial *Astura* en el *ager Laurens* en el Lacio y al lado dos *Astyra* minorasiáticas, en la Tróade y en Misia (*uide* ROLDÁN 1970/1: 235).

Pero retomando el tema de la covada, si esta nos valía como indicador de un posible elemento anindoeuropeo en la Antigüedad, debería hoy también valernos para lo mismo, pues resulta que la práctica ha venido verificándose hasta hoy en esa misma zona. Anotaba ya CARO (1981: II 117): “parece que la «covada» en Asturias ha tenido vigencia hasta época más moderna que en otras regiones”, aunque, como resulta sabido, es sobre todo en la Maragatería, cuyo centro es Astorga, es decir, la antigua *Asturica*, donde el fenómeno tiene especial pujanza. También aquí se encontraría otra afinidad pertinente con Asturias en el papel desempeñado por la mujer maragata en el trabajo agrícola. “La colaboración de la mujer con el hombre en casi todos los trabajos del campo es grande en Asturias” (CARO 1981: II 117) y “a comienzos del siglo XIX [...] entre los maragatos las mujeres eran las que llevaban el peso de la agricultura, sembrando trigo, centeno y otros cereales [...] mientras las mujeres quedan en los pueblos, incluso hoy día, los hombres que no pueden, como los astures de la Antigüedad, dedicarse al merodeo, se dedican al comercio” (CARO 1981: II 138s). Casi, pues, como aquellos (galaicos–ástures–)cántabros de ESTRABÓN (3,4,17: “De las faenas del campo se encargan ellas...”).

Argumentábamos antes la idea de que los tres pueblos formarían una especie de conglomerado montaños, una suerte de —al menos— triple entente, tal como quedaría por lo demás bien establecido en los autores antiguos, ya que en estos es frecuente la asociación de los ástures con al menos galaicos y cántabros (Strab. 3,3,7: “galaicos, ástures y cántabros [...] parecidas, en efecto, las vidas de todos ellos”),³⁵ lo que probablemente debiera de corresponder a una cierta interrelación entre ellos. Las interferencias, desde luego, son comunes entre uno y otro, así MARCIAL (10,17,3) puede decir: “recibe cuanto cava el ástur en los labrantíos calaicos”.³⁶ Ahora bien, al menos en lo relativo a su anindoeuropeidad todos los indicios apuntan a que el papel más relevante como componente central —y *central* no sólo geográficamente— de aquel conglomerado montaños debe ser asignado a los ástures. Mencionábamos antes el carácter tópicamente más conservador de las zonas de montaña frente a llanos o aun frente a valles en lo lingüístico así como en otros atributos culturales, pues bien, son sobre todo los ástures aquellos a quienes mejor cuadraría el calificativo de montañoses. En efecto, es el astúrico el pueblo que en las fuentes antiguas más se asocia a las montañas y a las más altas, FLORO (*ep. bell. omn.* 2,33) comenta: “para entonces una tropa impresionante de ástures había ya bajado de las nevadas

³⁵ Καλλιαίκοις καὶ Ἄστουρας καὶ Καντάβροις [...] ὁμοειδεῖς γὰρ ἀπάντων οἱ βίοι.

³⁶ *accipe quidquid Callaicis fodit Astur in aruis.*

montañas”.³⁷ Sobre los ástures ya URÍA (1989: 36s): “su extensión era muy amplia, comprendiendo la mayor parte de las provincias de Asturias y León actuales, un rincón de la de Valladolid, parte de la de Zamora, internándose también algo en el NE de Portugal y Orense [...] No necesitaré recordar que a excepción de algunas comarcas de la meseta de León y de la tierra de Campos, este territorio está cruzado en varias direcciones por numerosas cordilleras, pudiendo considerarse como la unidad más montañosa de cuantas podemos reconocer entre los pueblos peninsulares indígenas”. La importancia de las montañas para estos pueblos puede desprenderse también de una noticia de ESTRABÓN (3,3,7), según la cual los montañeses lapidarían a los parricidas lejos de los ríos y de las montañas,³⁸ lo que sugiere un posible carácter sacro de ambos elementos de la naturaleza para estos pueblos. Ástures deben, pues, de ser la —anticipemos ya— descendencia moderna de aquellas gentes, los maragatos de *Asturica*, como ya viera CARO (1981: I 142): “hay grandes indicios de que se trata de una antigua unidad social astur con tendencias muy conservadoras”. Como elemento identificativo de la anindoeuropeidad en aquel conglomerado, *ástures* parece además —y siquiera sea estipulativamente— la mejor denominación, ya que lingüísticamente y *Gallaici* y *Cantabri* son fácilmente reducibles a lo céltico. En cuanto a *Astures* la forma presenta a veces un doblete *Astyres* (Mela 1,1,12; Lucan. 4,298: *Astyrici*) que resultaría en principio explicable por helenización, con eventual asimilación mitográfica a un real o fingido *Astyr*, auriga de Memnon, así al menos en SILIO (3,3349): “Ástyr, el desdichado escudero de Memnon, hijo de Eo”.³⁹ La forma *astur* en singular presenta una final en consonante —sin vocal temática— más un grupo *ast-* que reencontraríamos otra vez en el complejo pirenaico, siendo, en efecto, muchas más las posibles correspondencias que para *astur* podrían señalarse en el mundo pirenaico que en el indoeuropeo o supuestamente indoeuropeo,⁴⁰ así tenemos, al margen de un *ASTERDVMAE* (*CIL* 2,5840) en Ribagorza y que podría ser céltico (*uide* GORROCHATEGUI 1984: 146s) y de diversas formas ibéricas como **astebeike** (F.6.1), **aštabal** (SILES 1981: 71s), *ASTEDVMAE*, (EE 8,175), **ašti** (F.9.7), **astua** (SILES 1981: 72), unos aquitanos antropónimo *AXTOVRI* (*CIL* 13,371) y teónimo *ASTOILVNNO* (*CIL* 13,31), con la (adicional) presencia de un hipotético elemento *asto-*, ‘asno’ (GORROCHATEGUI 1984: 152, 310) que remitiría, pues, al mundo animal, algo frecuente no sólo en la onomástica aquitana sino en general en la onomástica primitiva, dada la común y originaria vinculación al totemismo de tantas culturas de cazadores y recolectoras. Se notará eventualmente que los ástures son habitualmente caracterizados como pueblos con grande experiencia en temas hípicas, de modo que crían un tipo de caballo denominado, sea como

³⁷ *Astures per id tempus ingenti agmine a montibus niueis descenderant.*

³⁸ τούς δὲ πατραλοίας ἔξω τῶν ὀρών ἢ τῶν πωταμῶν καταλεύουσι.

³⁹ *armiger Eoi non felix Memnonis Astyr.*

⁴⁰ Como *ASTINVS* (*CIL* 2,2980), *ΑΣΤΟΛΠΑΣ*, suegro de Viriato (Diodor. 33,7,4) o unas localidades Ἄστα y Ἄστιγίς entre los turdetanos (Ptol. *geogr.* 2,4,10).

causa sea como consecuencia, *asturcón* (cf. el citado testimonio de Plin. *nat.* 8,67,166).

Ahora bien, la existencia en la región de un río *Astura* ofrece una vinculación más sencilla con el nombre de los ástures, pues, en efecto, no es infrecuente que los nombres de los pueblos tengan su origen en los nombres de los ríos. El *Astura* aparece específicamente asociado a los ástures, así FLORO (*ep. bell. omn.* 2,33): “los ástures [...] tras acampar junto al Ástura”⁴¹ (prácticamente lo mismo Oros. *hist.* 6,21,9: “pero los ástures tras acampar junto al Ástura”).⁴² Más explícito SAN ISIDORO (*or.* 9,2,112): “Los ástures, pueblo de Hispania, llamados así por que cerca del río Astura [...] habitan”.⁴³ El río ha sido tradicionalmente identificado con el actual Esla. El carácter *vasco-ibérico* de *Astura* fue defendido ya por W. VON HUMBOLDT y refrendado por MORALEJO, quienes lo relacionan con el vascuence *ast-* ‘peña’ y *ur-* ‘agua’, que sería descriptivamente muy apropiado para el Esla (MORALEJO 1977: 187, 191, 193). Aun para MORALEJO (1977: 188) el hidrónimo del cercano Órbigo, *Urbicus*, sería también explicable desde el vascuence *ur* ‘agua’ y *bi* ‘dos’ más el *-ko* de procedencia. La históricamente tan probable resolución actual, *Esla*, presenta lingüísticamente, sin embargo, algún problema, ya que en teoría una forma como *Astra* (o eventualmente *Estra*) sería más esperable. Ello y la intolerancia latina a secuencias como *sr* y *sl* (*slav-* => *sclav-*, *Visla* => *Vistula*...) apuntarían a la posibilidad de que el nombre indígena fuera distinto: *Asra* o *Asla*, lo que de nuevo ofrece un aspecto poco indoeuropeo, por lo que la motivación en *Astura* para *Astures* se habría verificado quizá como un proceso exclusivamente latino. Sea cual sea la respuesta correcta, la conclusión sería momentáneamente la misma que para todos los otros casos: allí donde la pista indoeuropea se pierde, el camino sólo parece reencontrarse en la dirección pirenaica. Toda esa convergencia difícilmente podría resultar pura coincidencia.

⁴¹ *Astures [...] positis castris apud Asturam flumen.*

⁴² *Astures uero positis castris apud Asturam flumen.*

⁴³ *Astures, gens Hispaniae, uocati eo, quod circa Asturam flumen [...] inhabitent.*

BIBLIOGRAFÍA

- M.L. ALBERTOS FIRMAT, “Onomastique personnelle indigène de la Péninsule Ibérique sous la domination romaine”, *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II 29.2 (1983) 853–92.
- J. CARO BAROJA, *Los pueblos de España*, Madrid 1981, II vol.
- J. DE HOZ, “El euskera y las lenguas vecinas antes de la romanización”, *Euskal Linguistika eta Literatura: Bide Berriak*, Bilbao 1981, 27–56.
- Á. GALMÉS DE FUENTES, *Toponimia: Mito e Historia* (Discurso de recepción en la R. Academia de la Historia), Madrid 1996.
- L.A. GARCÍA MORENO, “Turdetanos, túrdulos y tartessios. Una hipótesis”, *Estudios sobre la Antigüedad en Homenaje al Prof. S. Montero Díaz*, Madrid 1989, 289–94.
- “Mastienos y bastetanos: un problema de la etnología hispana prerromana”, *Polis* 2 (1990) 53–65 (= *Actas del I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía*, Córdoba 1993, 201–11).
- J.M. GÓMEZ TABANERA, *La Caza en la Prehistoria*, Madrid 1980.
- J. GORROCHATAGUI, *Onomástica Indígena de Aquitania*, Bilbao 1984.
- “Gallaecia e as linguas prerromanas da Península Ibérica”, en AA.VV., *Galicia fai dous mil anos. O feito diferencial galego*, s.l. 1998, 15–49.
- J. LAKARRA, “Reconstructing the Pre-Proto-Basque Root”, *Towards a History of the Basque Language*, Amsterdam/Philadelphia 1995, 189–206.
- D. MCCALL–H.C. FLEMING, “The pre-Classical circum-Mediterranean world: who spoke which languages?”, *Archaeology and Language III. Artefacts, languages and texts*, Londres–N. York 1999, 231–48.
- L. MICHELENA, *Fonética Histórica Vasca*, San Sebastián 1990 (= 1977₂).
- “The Latin and Romance Element in Basque”, *Towards a History of the Basque Language*, Amsterdam/Philadelphia 1995, 137–69.
- J.L. MORALEJO, “Ni «astur» ni «astures», sino «ástur» y «ástures»”, *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 90/1 (1977) 363–71.
- A. MORALEJO LASSO, *Toponimia Gallega y Leonesa*, Santiago de Compostela 1977.
- J.I. PÉREZ, “Observaciones en torno a la desaparición de la -N- intervocálica en gallego”, *Verba* 9 (1982) 201–13.
- A. PÉREZ ALMOGUERA, “*iltir/iltur* = *oppidum*. Los nombres de lugar y la ciudad en el mundo ibérico”, *Faventia* 23/1 (2001) 21–40.
- M. PITTAU, *Grammatica della lingua sarda. Varietà logudorese*, Sassari 1991.
- B. PRÓSPER, “El nombre de la diosa lusitana Nabia y el problema del betacismo en las lenguas indígenas del Occidente Peninsular”, *Ilu* 2 (1997) 141–149.
- A. QUINTANILLA, *Estudios de Fonología Ibérica*, Vitoria 1998.
- J. RAMOS MUÑOZ, *Europa Prehistórica. Cazadores y Recolectores*, Madrid 1999.
- J.M. ROLDÁN HERVÁS, “Fuentes Antiguas sobre los Astures. I. Fuentes Literarias”, *Zephyrus* 21/2 (1970/1) 171–241.

Sobre el origen anindoeuropeo de los Ástures (y Maragatos)

- J. SILES, *Léxico de inscripciones ibéricas*, Madrid 1985.
L. SILGO, *Léxico Ibérico*, Valencia 1994.
R.L. TRASK, “Origin and Relatives of the Basque Language: Review of the evidence”, *Towards a History of the Basque Language*, Amsterdam/Philadelphia 1995, 65–99.
J. UNTERMANN, “Los teónimos de la región lusitano–gallega como fuente de las lenguas indígenas”, *Actas del III Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas*, Salamanca 1985, 343–63.
J. URÍA RÍU, *Estudios de Historia de Asturias*, Gijón 1989.
J. VELAZA, *Léxico de inscripciones ibéricas (1976–1989)*, Barcelona 1991.

Xaverio Ballester
Universidad de Valencia
e-mail: xaverio.ballester@uv.es